

“Gwyr a aeth gatraeth gan wawr” (“Los héroes fueron a Catraeth con el alba”).

Del poema Y Gododdin, atribuido al bardo Aneirin, en torno al 600 AD.

*Camino de Catraeth, primavera del año 598 AD.*

Me preguntáis, joven bardo, quienes somos y porque ese viejo guerrero de pelo blanco que me acompaña y yo mismo, dos ancianos achacosos, vamos a Catraeth.

Está bien, os lo contaré. Vamos a Catraeth a morir.

Podéis llamarme Marchleu, si es vuestro gusto. De mí, decir que durante no pocos años empuñé la lanza y embracé el escudo, primero al servicio de mi rey Gwenddolew y después, tras el desastre de Arderydd, como hombre de armas del señor Morcant.

Llegué a comandar a 40 lanceros y gané tierras, que después perdí. Tras la muerte del rey Urien y destruida, a la par que la gran alianza, la esperanza de echar a los paganos de Bryneich, decidí, hastiado de luchas intestinas, colgar las armas. Sin posesiones ni familia, invertí lo poco ahorrado en construir la única fonda de Din Eydin. Y allí vivía, dedicado al poco glorioso pero muy bíblico quehacer de dar de beber al sediento y de comer al hambriento. Se dice que los mejores relatos son aquellos que brotan al amor de una cálida lumbre y se riegan con buen hidromiel. Aquellos que surgen, al principio como un murmullo apenas indistinguible del resto de conversaciones, para acabar atronando, si no en los oídos de los hombres, si en sus pechos, apoderándose finalmente de sus corazones, aun de los mas inquebrantables.

No seré yo quien ponga esto en duda. En el “Cuervo Rabón”, la posada que regento, nunca se echarán en falta gruesos troncos de roble alimentando la chimenea, y a cualquier buen bebedor al que preguntéis, os contestará sin titubear que no ha probado mejor hidromiel que el que se sirve en Din Eydin, en la taberna del viejo tuerto. Y si de algo sabe este viejo tuerto es de canciones, leyendas, poemas y versos; de gloriosas historias y grandes hazañas, de crueles y sangrientas guerras, de batallas famosas, de campeones inmortales, de grandes héroes – conocidos unos, otros ya olvidados-, de doncellas ultrajadas y salvajes venganzas, tristes historias de amores frustrados, de traiciones y atroces asesinatos... No pocas por haberlas vivido, y de ello pueden dar fe, tras veintiocho años enarbolando la lanza, las diecisiete cicatrices que convierten mi ajado cuerpo en algo parecido a un saco de entrenamiento mal zurcido, pero las mas por haberlas escuchado en las largas noches de invierno, con los codos apoyados en el viejo mostrador de roble, enlazadas las manos bajo la barbilla, observando los rostros de la clientela, cambiantes según el devenir de lo narrado: ahora boquiabiertos, mas tarde afligidos, finalmente extasiados. Si, algunos de los mejores bardos han pasado por el Cuervo Rabón, y han dejado en sus renegridas paredes el eco de sus cantos inmortales, pero no es menos cierto que cualquier hombre, y mas en estos tiempos tormentosos que corren, es

capaz, rascando un poco en el fondo de su memoria, de sacar a la luz alguna buena historia que contar.

Hará cosa de un año. Aquel día se estaba dando bien. La taberna estaba prácticamente a rebosar y el ir y venir de las muchachas acarreado jarras a las mesas era constante. Grupos de guerreros de todo Gododdin y de diferentes reinos aliados habían sido convocados por Mynydawc Mwynvawr para cierta empresa de la que por aquel entonces poco se sabía. Conocí en tiempos a nuestro rey, antes de que lo fuera y, que esto no salga de aquí, consideré en su día que no andaba demasiado bien de la cabeza. Mi opinión al respecto no había cambiado un ápice, así que mi curiosidad en lo tocante a sus planes no iba mas allá de intentar averiguar cuánto oro iban a estar dispuestos a dejarse aquellos hombres que atestaban el Din en el Cuervo Rabón y durante cuanto tiempo. Y lo cierto es que estaban superando con creces mis expectativas, y eso aun a pesar de que el alcohol corría a raudales en los salones del rey. El hidromiel estaba empezando a escasear y tuve que mover todos mis hilos para conseguir, a un precio abusivo, dos barriles de un vino malísimo, pero que aquellos guerreros se bebían del mismo modo que un buey recién desuncido abreva en el pilón.

A última hora de la tarde se abrió la puerta para dar paso a Cadreith ap Nwython y a Cynon ap Clytno Eiddin, el sobrino del rey Mynydawc, con un grupo de ruidosos seguidores. Enseguida me llamó la atención un anciano y curtido guerrero de larga melena, blanca como el ala de un lagópodo en invierno, que se separó del grupo nada mas entrar y buscó rápidamente una esquina alejada del trajín. Debía ser recién llegado a la ciudad, porque estaba enteramente cubierto de polvo del camino. Dejó el pesado hato que cargaba en el suelo a su vera y se desabrochó una descolorida capa provista de capuchón y ribeteada de ajada piel de armiño, que depositó sobre la mesa a un lado, antes de sentarse. Debía ser endemoniadamente viejo, y aun así algo en su porte erguido y la seguridad al caminar que mostraba, venían a decir que no era aquel un individuo con el que se pudieran gastar bromas sin atenerse a nefastas consecuencias. De su cinto colgaba un *sax* de dos palmos, con una empuñadura admirablemente ornada con hilo de oro, que daba mas énfasis si cabe a dicha afirmación.

Vestía una túnica azul de manga larga que le cubría hasta las rodillas, con los bordes amarillos decorados con dibujos geométricos en rojo. Sobre la misma resplandecía una cuidada cota de anillas de origen sajón. Calzaba unas renegridas botas de cuero protegidas con placas metálicas también relucientes. En su rostro curtido se confundían arrugas y cicatrices, aunque de entre estas destacaba una vertical que le cruzaba el lado izquierdo de la cara, desde el pómulos hasta el final de la barbilla, que llevaba pulcramente afeitada, ya que, al estilo del sur, solo lucía un imponente mostacho tan blanco como su cabello.

El profundo vozarrón de Cadreith me distrajo en el preciso momento en el que un fugaz recuerdo pugnaba por salir a la luz en mi deteriorada memoria.

- ¡Marchleu! Venimos de ver al rey y estamos secos.

Rió su propia gracia. Todo el mundo sabía que últimamente en los salones de Mynydawc el hidromiel corría a raudales.

-Mira de servirnos unas jarras de ese brebaje al que te atreves a llamar vino. Y...

Echó un vistazo a su alrededor, sorprendido.

-¿Dónde se ha metido este..? ¡Ah, estás ahí!- señaló al anciano- ¿Qué beberás? En realidad te diré que el vino de Marchleu no es tan malo, pero si prefieres cerveza, aquí encontrarás la mejor. A esta ronda invito yo. Dile al viejo tuerto que es lo que deseas...

El veterano guerrero miró al bueno de Cadreith a través de unos penetrantes ojos grises y esbozó el amago de una triste sonrisa.

-Te agradezco el detalle noble guerrero, pero hace ya tiempo que a este estropeado cuerpo no le sientan nada bien las bebidas fuertes. Beberé un jarro de agua si esto no os incomoda.

-En absoluto abuelo-sonrió Cadreith - mas barata me saldrá la ronda, pero si estás hambriento, algo tendrá Marchleu por ahí, para que te llenes la tripa ¿Unas gachas, salchichas..?

-Un plato de gachas me vendrá bien- contestó el anciano, mirándome, expectante.

-Eso está hecho.

Hice un gesto a Brianna, una de las muchachas, para que se hiciera cargo de la comanda, llené un jarro de agua y se la acerqué al viejo. Cadreith bebía ya a grandes sorbos y Cynon se dedicaba a tontear con mis chicas.

Depositó la jarra sobre la mesa del anciano guerrero y me senté frente a él.

- Cadreith es un afamado guerrero, pero sus modales dejan mucho que desear. Como ya has oído, me llamo Marchleu, Marchleu ap Culfulch, y antes de convertirme en mesonero fui hombre de armas. Dime, ¿A quien me dirijo?

-Podéis llamarme Pwyll, y, adelantándome a tu siguiente pregunta, te diré que aunque nací en estas tierras, he pasado la mayor parte de mi vida guerreando en el mediodía, sirviendo a los reyes de Powys y Dyfed principalmente. Ahora vuelvo al norte, a la tierra que me vio nacer, para pasar aquí mis últimos días.

Al llevarse la jarra a los labios derramó un poco de agua sobre la mesa y con la mano libre apartó la capa para evitar mojarla.

-Y fuiste un *Beisrudd*- exclamé, sonriendo. La visión de la vieja capa orlada de armiño, que fuera roja en tiempos, había, por fin, logrado despertar en mi memoria el recuerdo, durante años arrinconado, de aquella formidable partida de jinetes. Los *Beisrudd*, los “Capas rojas”, “Los Encapuchados Escarlata”, por todos esos nombres se conocía a el que, otrora, fue el mas afamado *ceathern* de toda Britania. Jinetes legendarios en tiempos, su fama yacía tan enterrada por el paso de los años como los cantos que en su día los elogiaran.

El viejo Pwyll me miró sorprendido, dejó la jarra sobre la mesa y sonrió con una mueca de amargura, sin decir nada.

Detrás nuestro, algunos hombres se habían girado en nuestra dirección al escuchar mi exclamación. El siempre despierto Cadreith acercó su corpachón y tomó asiento a nuestra mesa.

-¿Un *Beisrudd*? Eso es imposible, mi padre me habló de esa gente, pero decía que hasta el último de ellos murió luchando contra los Dal Riada, cuando él era joven, y de eso hace ya tiempo.

-O mucho me equivoco o eso no es del todo cierto. ¿No es así, Pwyll ap Meirig?

El anciano soldado se sobresaltó al escuchar su filiación paterna.

-¿Me conoces?

- ¡Esperad, esperad, pandilla de abuelos! -interrumpió Cynon, acercando un tocón de roble sobre el que se sentó- estáis hablando de tiempos muy lejanos, de los que muchos aquí no sabemos gran cosa, así que disculpad mi ignorancia- sonrió con ironía- pero deberíais empezar explicando quienes eran esos *Beisrudd* de los que tanto parecéis saber y de los que al menos yo, no había oído nunca hablar.

-Eso, joven Cynon, será debido quizás a tu juventud, pero lo más probable es que se deba al hecho de que cuando los bardos cantan las hazañas de nuestros ancestros tú haces rato que duermes la mona debajo de la mesa.

-Di más bien, tuerto del demonio- intentó hacerse escuchar por encima de las risas- que mientras vosotros, viejos guerreros, buscáis un extraño placer, que se me escapa, recordando antiguas épocas, yo intento dedicar mi tiempo de asueto a la búsqueda de placeres más... carnales.

Y para significar sus palabras, intentó agarrar por la cintura a la joven Brianna, que se escabulló presurosa entre risas, derramando sobre el joven Cynon parte del hidromiel que acarreaba.

Cynon se volvió hacia el anciano Pwyll, sin abandonar su socarrona sonrisa:

-Explícame pues, noble anciano, ya que de esta pandilla de borrachos nada en claro voy a sacar, y si es cierto que pertenecisteis a esos afamados *Beisrudd*, a que debieron su notoriedad y cual fue su fortuna.

Pwyll miró en torno suyo, pues a nuestro alrededor empezaban a congregarse los presentes, expectantes ante la posibilidad de que de allí surgiera una buena historia. Finalmente su mirada se posó en la mía.

-Tu, tu me conoces, aunque yo no te recuerdo. Lo cual no es raro cuando se tiene mi edad- añadió, pensativo- Dime cuando nos conocimos y si tenemos alguna cuenta pendiente.- sus ojos se endurecieron.

-No, no debe preocuparte eso, no hay deudas entre nosotros. Sin embargo, si te parece, dejaremos eso para más tarde, porque ahora hay aquí un grupo de muchachos deseosos de oír tu historia.

El hombre volvió a mirar en derredor y finalmente se encogió de hombros, resignado:

-Está bien, os contaré pues. ¿Queréis saber quienes éramos los *Beisrudd*?. Bien, podréis pensar que no éramos sino una mas de tantas hermandades de jóvenes guerreros, como cualquier otro *ceathern* de los que recorren nuestras tierras, como esas que llaman *fianna* en tierras de los *gwydyl*. Y probablemente no estéis equivocados, pero lo cierto es que éramos... éramos algo mas que todo eso, sí. ¡Éramos los mejores! -el brillo de sus ojos iluminaba su rostro, del que las arrugas parecían desaparecer conforme seguía hablando.

-Los mejores, sí. Os extrañará escuchar esto pero los jóvenes nobles preferían pertenecer a los *Beisrudd* que formar parte del *Teulu* del rey.

Se nos enseñaba que los *Beisrudd* habían sido fundados hacía cien o mas años por el descendiente de un gran general romano, Padarn, apodado precisamente *Beisrudd*, porque fue él mismo el primero en vestir la peculiar capa escarlata, una como esta que veis, que pronto se convirtió en el símbolo distintivo de aquella hueste. Al principio eran solo unos pocos, el propio Padarn y un pequeño grupo de jóvenes familiares y amigos. Formidables guerreros a pesar de su juventud, gentes de frontera, hijos de nobles, criados con una espada en la mano diestra y escudo y riendas en la zurda, sus hazañas contra los pictos pronto atrajeron a nuevos admiradores dispuestos a hacer los juramentos para entrar en la fraternidad. De estos no puedo hablar. Solo diré que eran sencillos, pero inquebrantables, so pena de sufrir una muerte ignominiosa, y las pruebas a las que debían someterse los discípulos antes de ser admitidos, traían consigo, en el mejor de los casos, las primeras cicatrices, y en el peor, la propia muerte, y de estas mas de una hubo.

Ya fuesen cristianos o seguidores de la antigua religión, que eso tanto daba, solo podían aspirar a ser *Beisrudd* gentes con derecho a llevar oro al cuello, y debían ser propietarios de al menos dos caballos, una mula y un esclavo, que se ponían al servicio del *ceathern*. Igualmente todo el equipamiento para la guerra corría a cargo del aspirante. Este, una vez superadas las pruebas y sometido a los juramentos, debía servir al menos nueve años en la fraternidad, y solo podía abandonarla antes de ese periodo en caso de tener que hacerse cargo de la herencia familiar. El primer año, que llamábamos "*La crianza*", se ponía al cuidado y recibía las enseñanzas de un hermano mayor. Yo tuve la suerte de ser tomado bajo el patrocinio del que a la postre sería el último comandante de los *Beisrudd*, y también el mejor guerrero que jamás conocí, Gwrnerth ap Senyllt ap Cedric...

Pwyll se detuvo en ese momento, los ojos acuosos, perdida la mirada en el fuego que crepitaba en la chimenea. Aquello duró apenas un instante, pero los hombres allí presentes supieron apreciar el esfuerzo que debía estar haciendo Pwyll al recordar aquellos tiempos, y guardaron un respetuoso silencio.

Pwyll, se sobrepuso y me miró:

-Creo que ahora aceptaré un trago de vino. Mis tripas quizás no lo agradezcan, pero si mi ánimo.

Le arrimé un vaso y le serví de mi propia jarra. Bebió un largo trago y reanudó su relato.

-Gwrnerth era un guerrero excepcional. Nada había acerca del arte de la guerra que el ignorara. Cabalgaba como si hubiera nacido sobre un corcel y no he visto a nadie manejar con mayor destreza la lanza o la espada.

Sabía ver, con tan solo un vistazo, todas las posibilidades de un terreno a la hora de planificar una batalla. Donde ubicar el grueso de la tropa, donde emboscar a un contingente, donde destacar un grupo de arqueros...

Con los hombres bajo su mando era duro pero justo. Era capaz sacar lo mejor de cada uno con una simple frase. Estábamos dispuestos a seguirle al mismísimo infierno si nos lo hubiera pedido.

A mi me enseñó, en unos pocos años, lo que en condiciones normales me hubiera costado una vida entera aprender. Y aun así, le fallé. Y como seguro que querréis saberlo, os contaré como ocurrió. Os contaré como acabaron mis días en el *Beisrudd*.

No se muy bien si decir que aquel invierno había sido particularmente benévolo y corto, o bien que la primavera se adelantó ese año, pero el caso es que la nieve hacía semanas que nos había abandonado, a excepción de algunos dispersos neveros en las zonas altas de la cordillera que separaba el Ystrad Annan del Ystrad Clud, allá al norte. Por aquel entonces contaba yo 25 años, llevaba cinco en los *Beisrudd* y Gwrnerth me había otorgado, el verano anterior, el mando de una de las compañías, a las que, al modo de los antiguos romanos, llamábamos turmas. Los treinta hombres que la formábamos habíamos pasado el invierno acantonados en un pequeño fortín en la desembocadura del río Annan, invitados por Sennyllt ap Dingat, rey de Galwyddel, que temía un ataque por parte de las tropas de Rheged. He de decir que, por razones que no vienen al caso, los *Beisrudd* estábamos enemistados con Cynfarch “El Sombrío”, rey de Rheged, y por eso siempre prontos a aliarnos con cualquiera que se enfrentase a él.

En cualquier caso nada hacía ver que Rheged se estuviese disponiendo para la guerra y por ese lado nada temíamos.

Bien distintas eran las noticias que bajaban por el río. En el norte, el rey de Ystrad Clud, Tutgual Tutclyd, se preparaba para acabar de una vez por todas con la amenaza que para sus fronteras suponían las continuas correrías de los *gwydyl* del rey Gabrán de Dal Riada.

Esperábamos de un momento a otro la llegada de un mensajero *Beisrudd* con noticias frescas, a pesar de lo cual nuestras normas eran estrictas y establecían que el entrenamiento debía ser una parte fundamental del día a día del *ceathern*. Por eso, así que los caminos volvieron a ser

transitables, remonté el río con mis hombres, buscando las suaves y verdes colinas mas allá del paraje conocido como las Fuentes del Diablo, donde montamos el campo de entrenamiento.

Recuerdo que estaba contento. Los hombres no habían perdido durante el invierno ni un ápice de energías y se desenvolvían, tanto individualmente como en las maniobras conjuntas, con la soltura habitual. Estábamos bastante alejados de cualquier lugar habitado, cosa que en aquel momento pensé que nos convenía pues los muchachos, durante el invierno, llevados por el natural ardor de la sangre me habían creado ciertos problemas menores con las mujeres de los poblados cercanos y algunos de mayor enjundia con sus padres, maridos y hermanos.

Apenas llevábamos allí una semana cuando, por fin, apareció el esperado mensajero de Alt Clud.

Dyfrig, mi lugarteniente, que en ese momento se encontraba organizando a los hombres en dos barreras de escudos para enfrentarlas, fue el primero en descubrir al jinete que descendía de una loma al otro lado del valle. Me hizo un gesto con la cabeza señalando en su dirección. El jinete venía zigzagueando entre brezos y helechos, ladera abajo en nuestra dirección, el escudo a la espalda y el empenachado casco colgado de la silla. Se detuvo un instante y nos saludo agitando el brazo antes de continuar el descenso.

-Es mi primo Gwynnog. -dijo sonriendo el pelirrojo Dyfrig, cuya vista igualaba a la de un águila. Gwynnog caía bien a todo el mundo.

Cuando llegó a nuestra altura Gwynnog ap Tewdwr, de Bretrwn, nos saludó con la amplia sonrisa que solía acompañarle siempre, aun en los momentos mas duros.

-¿Qué tal os ha tratado el invierno?

-Bueno, los ha habido peores. Esto ha estado muy tranquilo y los muchachos se han dedicado a robar gallinas y poco mas. ¿Y los demás? ¿Habrà guerra?

-Habrà guerra. Gwrnerth quiere que todas las turmas estén en Cair Nouid dentro de...-se rascó la rubia melena, calculando- ...de tres semanas. El ya se encuentra allí, enfrascado en los preparativos, y también las compañías de Cynan Frych, Hywel Gadarn y Cyndrwyn Marchog. Solo faltáis vosotros y la gente de Anwn Bwr que se supone anda ahora por Cair Rheon.

Pero... si queréis que siga hablando será mejor que desmonte y me deis algo de beber. Y que no sea agua, por favor.

Al rato estábamos todos sentados alrededor de una fogata, escuchando atentos las nuevas que Gwynnog iba desgranando entre tragos de cerveza.

-Bien, os diré que este invierno embajadores y mensajeros han tenido trabajo sobrado, y que el resultado, a fe mía, no ha podido ser mejor. Tres mil lanceros, tres mil,-enfaticó- reunirá para esta campaña Tutgual y también unos cuatrocientos cincuenta jinetes, contando con los *Beisrudd*. Tened por seguro que pocas veces habrá ocasión de ver mejor ejercito que el que se reunirá en breve en Alt Clud, si es que nobles y reyes aliados cumplen lo prometido.

A los dos mil lanceros de Ystrad Clud, amén de los ciento veinte jinetes del *teulu*, se unirán en breve, si no lo han hecho ya, trescientos cincuenta lanceros y ochenta jinetes de Manaw y de Gododdin, comandados por Cawrdaf. Rheged, por su parte, mandará ciento cincuenta lanceros y cincuenta jinetes, y esto es importante Pwyll, Gwrnerth se ha comprometido, al igual que Cynfarch Oer, a dejar a un lado las rencillas que nos enfrentan, al menos mientras dure la campaña. Los hombres deben estar avisados de que el incumplimiento de esta orden acarreará las peores consecuencias.

Miré alrededor. Los hombres de la compañía escuchaban atentos las palabras de Gwynnog. En el rostro de la mayoría se reflejaba la típica emoción de los que saben que en breve van a entrar en acción.

-Ya habéis escuchado a Gwynnog, nada de enfrentamientos con los hombres de Cynfarch. No quiero provocaciones por vuestra parte, y si las hay por la suya absteneros de responder, que ya habrá tiempo mas adelante para vengar cualquier ofensa. Si alguien desobedece estas ordenes, yo personalmente le sacaré la piel a tiras y se las haré comer-los muchachos rieron, nerviosos-Sigue contándonos, Gwynnog.

-¿Por donde iba?-le pegó un buen trago a la jarra y, después de secarse la boca con la manga de la túnica, continuó- Ah, si. Los nobles de la marca de Bryneich no esperan tener problemas este año con los anglos de la costa. Parece ser que el verano pasado les dieron un par de buenas palizas.-Los hombres rieron, pues algo de parte tuvimos en esas victorias- Bien, el caso es que enviarán trescientos lanceros y cincuenta jinetes, al mando del joven príncipe Gwenddolew ap Ceidio, sobrino del rey Ellifer de Ebrauc.

-Según tengo entendido-le interrumpí- el padre del muchacho, Ceidio, no se lleva demasiado bien con su real hermano.

-Dices bien -asintió Gwynnog, señalándome con la jarra- Es sabido, porque el mismo se encarga de proclamarlo a los cuatro vientos, que a Ceidio no le gusta en absoluto la política de alianzas que Ellifer ha desarrollado estos años con los *anglos*, y quizás tenga que poner en breve pies en polvorosa, si no quiere amanecer un día con una flor roja en el pecho. Su hijo, Gwenddolew, en previsión de que vengan mal dadas, está tratando a toda costa de conseguir alianzas con los señores de las marcas, y hacerse un nombre en la guerra es un buen principio. Los nobles le han dado el mando de sus fuerzas algo a regañadientes, pero les ha convencido el hecho de que Gwenddolew ha obtenido en persona la promesa de Tutgual de enviarles cuarenta carros de trigo y cebada. Las últimas cosechas no han sido buenas en Bryneich y este invierno ha habido hambrunas y malestar en la población, así que ese grano será mas que bienvenido.

-Cara le va a salir a Tutgual esa ayuda- apuntó Dyfrig- y mas teniendo en cuenta la poca sangre que gastan los hombres de la marca- sonrió con malicia, ante el coro de abucheos que



surgió de entre la compañía. La mitad de mis hombres eran hijos de esa frontera y se contaban entre los mejores guerreros de toda Britania.

-Dyfrig, si vas a seguir con esas simplezas será mejor que te calles a no ser que quieras acabar con una lanza metida en el culo. Continúa, Gwynnog.

-Poco mas hay que decir, Gwallog de Elmet ha mandado cien guerreros, y poco mas. Bueno si, Sennylt está acojonado con la posibilidad de que Cynfarch invada Galwyddel y no mandará guerreros al norte.

-Ya. De eso hablamos en nuestra última entrevista, cuando la guerra aun no era sino un rumor. Me comentó que en cualquier caso haría lo posible por no malquistarse con Tutgual, al que también teme. Le sugerí que un buen envío de armas y víveres para la campaña podría ser suficiente como para que Tutgual no se sienta agraviado.

-Sí, al parecer los embajadores que envié a Alt Clud han llegado a ese acuerdo con el rey, y las fraguas de Galwyddel han debido trabajar a destajo, pues se despacharán al norte 40 mulas cargadas de espadas, cotas de malla, cascos, escudos y lanzas, y esta es la segunda cosa importante que Gwrnerth me mandó decirte, Pwyll. Seréis vosotros los encargados de escoltar la caravana, al menos hasta Cair Nouid.

Cair Nouid era la fortaleza que los *Beisrudd* poseíamos en la confluencia del Clud con el río Derwent.

Gwynnog, asaeteado ahora a preguntas por parte de los muchachos del *ceathern*, siguió un buen rato dando cuenta de las distintas novedades y peripecias ocurridas a familiares y compañeros de otras turmas de las que tenía noticia.

Me levanté y le hice una seña a Dyfrig para que me siguiera.

-Dales un rato mas de asueto a los muchachos y luego continúa con el entrenamiento. En una hora marcho con cuatro de los chicos a entrevistarme con Sennylt y ultimar los preparativos del envío de armas. Si todo va bien, estaré aquí en seis días con las mulas. En caso contrario te mandaré a uno de los muchachos con nuevas órdenes. Mientras tanto continuarás con el adiestramiento tal y como estaba planificado.

Partí al poco a encontrarme con el rey de Galwyddel. De camino nos topamos con un mensajero del rey que nos indicó el lugar donde debíamos hacernos cargo de la caravana. Sennylt tenía todo dispuesto, de manera que a los cinco días de partir, ya estábamos de vuelta en el campamento con las mulas y tan solo seis días después, tras remontar el valle del Annan y descender el Clud sin incidentes remarcables, acampábamos en una explanada del valle a poca distancia de una pequeña aldea de nombre Kelkyn y a algo menos de un día de marcha de Cair Nouid.

Faltaban tres horas al menos para que cayera la noche, y el sol teñía de púrpura las altas nubes que cubrían el horizonte. Mientras los arrieros de Galwyddel descargaban las extenuadas mulas amontonando ordenadamente los sacos y hatos de lona encerada en que

transportábamos los pertrechos, mis hombres se ocupaban de desensillar y cepillar sus monturas, haciendo tiempo antes de llevarlas a la orilla a abreviar. Yo había cabalgado durante toda la jornada a *Invierno*, un magnífico garañón de los que se crían en las riberas del Nidd, así que *Alba*, mi pequeña yegua picta, estaba lo suficientemente fresca como para acometer la empresa que se me acababa de ocurrir.

Me acerqué a Dyfrig que andaba de aquí para allá dando innecesarias ordenes, pues, y de eso nos enorgullecíamos, todo el mundo tenía bien claro lo que debía hacer en cada momento.

-Deja de graznar un momento y escucha. He pensado que si salgo ahora mismo, estaré en Cair Nouid al anochecer. ¿Te ves capaz de hacerte cargo de todo en mi ausencia?

Le expliqué que estaba ansioso por reencontrarme con Gwrnerth y con el resto de capitanes *Beisrudd*. Estaba deseando abrazar a nuestro jefe y conocer de primera mano todos los detalles de la campaña que se avecinaba.

Dejé a un sonriente Dyfrig, encantado en su nuevo papel, asignando las guardias y me dispuse a preparar a *Alba* para la cabalgada.

Antes de partir me acerqué de nuevo a mi lugarteniente.

-Llevamos unos días sin hidromiel. Cuando los muchachos acaben con sus quehaceres, manda a un grupo al poblado para que vean de conseguir algo que os alegre un poco la sobremesa.

Pero no descuidéis las guardias.

-No tengas cuidado, Pwyll. Da recuerdos a Gwrnerth.

-Mañana mismo podrás abrazarle en persona. Ya sabes, al amanecer cargáis las mulas, desmontáis el campamento y os ponéis en marcha hacia el *cair*. Yo saldré en vuestra busca a primera hora y nos encontraremos por el camino. Hasta mañana pues.

-Lleva buen viaje, jefe.

Le sonreí, desenfadado, y partí, partí al galope.

Pwyll interrumpió su narración un momento para hacerme un tímido gesto con su cuenco vacío.

Todas las jarras alrededor estaban igualmente vacías así que hice una seña perentoria a Brianna que enseguida se acercó con otras, repletas de hidromiel, que distribuyó diligentemente entre las mesas. Le llené su cuenco al anciano que me sonrió agradecido. Dio un largo sorbo y prosiguió:

-Los hombres, cuando somos jóvenes, trazamos en nuestra mente un camino. El sendero que deseamos recorrer a lo largo de nuestra vida. Miramos al futuro y vemos una senda recta, limpia de barro y maleza, una senda que asciende para llevarnos a la conquista de aquello que ansiamos para nuestras vidas. Reconocimiento, honor, gloria, poder, riquezas... o quizás tan solo una familia. Yo ya no quiero recordar cual era el camino que me tracé en su día, pero os diré que, fuera cual fuera este, el día que partí, dejando solos a mis hombres, ese día... ese día

borré mi sendero de gloria, igual que una insignificante ola borra un dibujo infantil en la arena de una playa.

Cabalgué toda la tarde, ajeno al hecho de que mi destino se estaba sellando en ese preciso momento, cabalgué siguiendo el sendero, río abajo, hasta llegar a la confluencia de éste con el río Derwent y allí en lo alto de una loma desmochada se alzaba el *cair* de los *Beisrudd* tal y como lo había visto por última vez hacía cuatro meses.

El castillo, a pesar de la hora, se agitaba pleno de actividad. De las dos fraguas con las que contaba el *cair*, salían humo, chispas y el sonido de los martillos trabajando a destajo. Algunos hombres, que reconocí como miembros de la turma de Anwn Bwr, se afanaban junto a los establos, limpiando sillas de montar, mientras otros, sentados a lo largo de las paredes de los barracones, andaban mas o menos ajetreados en el cuidado y limpieza de sus armas. A unos y a otros saludé efusivamente, pues a todos conocía, y cuando por fin llegué a las puertas del gran edificio que, en el centro de la fortaleza, hacía las veces de Salón de Reuniones y alojamiento de oficiales, Gwrnerth, acompañado del resto de comandantes, que ya habían sabido de mi llegada, aguardaban sonrientes.

Desmonté de un salto y me fundí en un abrazo sin palabras con mi señor, que lucía una sonrisa resplandeciente, enmarcada en su inconfundible barba variegada tan perfectamente recortada como de costumbre. Los demás jefes se agolparon a mi alrededor manoteándome entre efusivos saludos y risas bulliciosas.

Gwrnerth se separó de mí, manteniendo sus manos sobre mis hombros:

-Pwyll, ya solo faltabas tú. ¿Qué tal el viaje? ¿Ha ido todo bien?

-Oh, todo ha ido de maravilla. Sennyllt ha cumplido con lo pactado y traemos las armas para Tutgual. Mañana, pasado el mediodía, estarán aquí.

Gwrnerth frunció el ceño.

-¿Quieres decir que no vienen contigo?

-Errr... No, mis hombres están acampados con la carga a poco mas de media jornada, cerca de Kelkyn, pero mañana antes de que amanezca partiré para unirme a ellos lo que resta de camino hasta aquí.

Gwrnerth echándome su brazo derecho sobre los hombros me alejó unos pasos del grupo.

-Pwyll, maldita sea, sabes que en condiciones normales no me gusta que los comandantes dejen sola a su turma ni un solo instante. Puedes hacerte a la idea de cuanto mas importante es esto ahora que estamos inmersos en los preparativos de una guerra...

-Pero-intenté explicarme- Dyfrig...

-No hay peros que valgan, Pwyll.

Su voz sonaba dura, como nunca la había escuchado

-Dyfrig es un estupendo lugarteniente, pero si se te concedió el mando a ti y no a él es por algo. Tengo alojados en los barracones del fondo a cien lanceros de Tutgual, cincuenta carros

de grano en los almacenes, cien bueyes en los corrales y ahí dentro -señalo hacia el salón- al príncipe Rydderch, que lleva tres días atacando los nervios de todo el mundo en el fuerte, preguntando a cada momento por sus armas. Créeme, no le va a hacer gracia saber que tu estás aquí y sus mulas no.

Rydderch, ese rey al que llaman “El generoso” era por aquel entonces un joven hijo de puta arrogante y ciertamente estaba enojado por la demora con que iban a llegar las armas a su destino. La que, me prometía, iba a ser una agradable noche en compañía de viejos camaradas acabó convertida en una velada gris, de caras alargadas y silencios despectivos.

Al día siguiente partimos antes del alba. El príncipe se empeñó en seguirme con su escolta personal, y esto obligó a Gwrnerth a dejar de lado sus responsabilidades en el fuerte para acompañarnos. Decir que parecíamos un cortejo fúnebre sería una exageración, sobretodo sabiendo como sé ahora lo que estaba por venir, pero en aquel momento mi ánimo ya estaba mas que sombrío.

Estoy acostumbrado a ver el negro humo mas como un presagio funesto que como una promesa de calor y abrigo. Ese día no fue distinto. Una densa humareda negra empenachaba el horizonte. Los quince jinetes que constituíamos la partida aceleramos, como respondiendo a una muda orden, el paso de nuestras monturas.

Todo parecía normal en el campamento. Pero en la distancia podía verse que algunas de las chozas de Kelkyn habían desaparecido, devoradas por las llamas.

Nos apresuramos al galope hasta llegar al lugar donde ya nos esperaban Dyfrig y el resto de mis hombres. El pelirrojo salió raudo a nuestro encuentro. Su cara no presagiaba nada bueno. Gwrnerth tomó desde el primer momento las riendas de la situación. Con un movimiento se encaró con Dyfrig, dejándonos al príncipe y a mi a sus espaldas. Por encima de sus hombros pude ver que en el centro del campamento había tres hombres maniatados de rodillas y un bulto alargado, a todas luces un cadáver, cubierto con un capote rojo.

-¿Qué ha ocurrido aquí?- su voz era cortante y fría.

Dyfrig, entre balbuceos explicó como, nada mas partir yo la tarde anterior, había mandado a cuatro de los nuevos a buscar hidromiel al poblado. Después, al concentrarse en las tareas propias del campamento, se había olvidado de ellos, hasta que de la aldea empezaron a llegar aullidos y sonidos de lucha. Con una decena de hombres se encaminó al pueblo, de algunas de cuyas casas empezaban a elevarse las llamas, para descubrir que los cuatro jóvenes estaban rodeados por un grupo de aldeanos, armados de palos, horcas y hachas, que los tenía acorralados de espaldas a una tapia. Uno de los muchachos estaba gravemente herido y a su alrededor yacían al menos media docena de aldeanos muertos o heridos.

Mi subordinado consiguió, a duras penas, y por suerte sin necesidad de usar las armas, que los aldeanos depusieran su actitud y a regañadientes permitieron a los muchachos reunirse con Dyfrig y los suyos. El cacique de la aldea le explicó a gritos su versión de lo sucedido.

Al parecer los chicos que envió Dyfrig, tras preguntar a un lugareño, habían encontrado la casa de una viuda que solía fabricar hidromiel en cantidad para venderlo luego por los mercados. Ayudaban a esta mujer en esas y otras labores sus dos jóvenes hijas. Los muchachos se empeñaron en probar el hidromiel allí mismo y tras varias jarras el ambiente al parecer se caldeó lo suficiente como para que Madoc, el muchacho que a la postre resultara herido y que ahora yacía sin vida en el campamento, intentara propasarse con una de las muchachas. Los gritos de esta alertaron a los vecinos de la viuda, que acudieron armados de palos y hachas, originándose una pelea, en el fragor de la cual alguien volcó un lucerna de aceite que prendió rápidamente en el suelo de juncos provocando un incendio que devoró en minutos la cabaña de la viuda y otras cuatro de entre las mas cercanas.

A causa del incendio la viuda y una de sus hijas habían sufrido graves quemaduras, al igual que dos de los aldeanos que intentaron sofocar las llamas de sus viviendas. En la pelea subsiguiente, mis hombres habían matado a otros tres vecinos, incluido el que hirió mortalmente a Madoc. Perseguidos por los lugareños habían conseguido hacerse fuertes junto al muro donde al poco los encontraría Dyfrig.

Gwrnerth, acompañado del príncipe y del propio Dyfrig, interrogó a los tres supervivientes. Después subió a pié a Kelkyn, acompañado por el príncipe y su escolta. En el campamento quedamos Dyfrig y yo mismo, incapaces de cruzar siquiera una mirada. No os podéis hacer a la idea del estado en que me encontraba. Era como si me hubiera quedado huérfano por segunda vez. Peor que cuando aquellos hombres aparecieron en la hacienda familiar, siendo yo un muchacho de 9 años, para decirle a mi madre que mi padre había muerto en batalla.

Al cabo de unas horas, que se me hicieron eternas, Gwrnerth y los otros estaban de vuelta.

Dirigiéndose a todos, y a nadie en particular, nuestro jefe habló con voz cortante:

-Bien, no voy a decir nada mas sino que el desatino que aquí se ha cometido es de difícil solución. Gracias a la mediación del príncipe Rydderch se han podido calmar los ánimos de la población y se han establecido las indemnizaciones que recibirán los aldeanos que han perdido sus casas y pertenencias, así como el *galnys* a pagar a los familiares de los muertos en la pelea. Esto saldrá de los bolsillos de los culpables de todo este despropósito. La mitad la pagará el comandante de la misma,- esto lo dijo sin mirarme- de un cuarto se hará cargo su lugarteniente, y el cuarto restante lo costearán los tres reos aquí presentes. Vosotros tres- dijo, señalando a los prisioneros- seréis trasladados a Alt Clut, donde en su momento seréis sometidos al juicio del Rey.

Se volvió hacia mí:

-Ahora volveremos al Cair Nouid y una vez allí, Pwyll, te harás cargo del envío de grano a Bryneich. Deberás entregarlo a Gwalchafed, señor de Din San, que será el encargado, con el señor Cuncar de Calchvynydd, de distribuirlo entre los señoríos. Saldrás mañana mismo con el resto de tu turma y con cincuenta lanceros que pondrá a tu disposición el príncipe. Cualquier

duda la solventarás con Anwn, que está al corriente de todo. Su turma iba a ser la encargada de escoltar las carretas, después de echarlo a suertes.

Mírame Pwyll, estoy, lo sabes bien, profundamente decepcionado. Esta es la única oportunidad que voy a darte, si es que quieres redimirte. Otro traspíes y... no te molestes en volver al *Beisrudd*.

Esta última frase se me clavó en el pecho como un *sax* afilado.

Volvimos a Cair Noud y Gwrnerth se perdió en sus aposentos pues aun tenía asuntos que tratar con Rydderch. Yo después de conferenciar con Anwn Bwr, y cuando los demás comandantes de turma se aprestaban a abrir un barril de hidromiel, decidí irme a dormir. No conseguí pegar ojo en toda la noche.

A la mañana siguiente iniciamos la marcha, cabizbajos, en un absoluto silencio, solo roto por los gritos de los arrieros azuzando a los bueyes y el cadencioso traqueteo de los carros de vituallas. Nadie salió a despedirnos, así que partimos acompañados tan solo del oprobio y la humillación. Ese día, como si el tiempo hubiera querido solidarizarse con nuestro estado de ánimo, amaneció gris, frío y lluvioso. El cielo encapotado descargaba una fina llovizna helada que golpeteaba sobre los lienzos encerados que cubrían la carga de grano. Mis hombres, tristes y encogidos, se arrebujaban en sus capas. No habría gloria en la batalla, no habría botín ni celebraciones en la victoria. Aun así había que hacer las cosas bien... por una vez al menos. El camino que debíamos seguir cruzaba el Coed Celydon, el Gran Bosque Caledonio y, en aquella época al menos, esa oscura selva estaba plagada de bandas de salteadores y renegados de toda índole, dispuestos a hacerse con un buen botín, así que dispuse todo para evitar ser sorprendidos. Mandé seis jinetes en grupos de dos, en descubierta, a doscientos pasos por delante de la caravana. Por delante de los carros, una vanguardia de veinte lanceros y diez *beisrudd* comandada por mi mismo. A ambos lados de las carretas, sendos grupos de veinte lanceros. Y en retaguardia, al mando de Dyfrig, los diez jinetes restantes.

Siempre acompañados por la lluvia, remontamos el curso del Clud, siguiendo el mismo camino que solo unos días antes habíamos recorrido en sentido contrario, hasta llegar, dos días después de haber partido, al cruce con la calzada que, atravesando el bosque caledonio, se dirige al este siguiendo el curso del Tywi.

Era este un lugar que conocíamos bien, pues siempre que era preciso cruzar el espeso bosque, solíamos acampar en una cercana loma, conocida como “la Atalaya de Bran”, aun cuando hubiera por delante horas de sol para seguir avanzando. Esto lo hacíamos por precaución ya que no era en absoluto fácil ni seguro acampar en pleno bosque y era preferible, en la medida de lo posible y partiendo antes del alba, cruzar lo mas espeso del mismo en una sola jornada forzando al máximo la marcha, incluso transitando de noche si se hacía necesario.

Mandé a cuatro jinetes a explorar los alrededores y ordené que se dispusiera el campamento colocando los carros en círculo en lo alto de la loma. Una vez colocados los carromatos, y

mientras algunos hombres encendían las fogatas y montaban las tiendas, el resto bajó a los caballos a la orilla del río a abreviar. Dyfrig se me acercó encogido en la capa, con la capucha sobre su taheña cabeza. En los últimos días parecía haber envejecido diez años.

-¿Distribuyo las guardias como de costumbre o prefieres que las doble?- pregunto en tono apagado.

Intenté sonreírle:

-No, tranquilo, no creo que sea preciso. Con las precauciones habituales será suficiente.

En ese momento, uno de los exploradores, Eudaf ap Gwrthefyr, el menor de los hijos del rey de Dyfed, que se había unido al *Beisrudd* el año anterior, se nos acercó a pleno galope.

Refrenó a su cabalgadura unos pasos antes de llegar a nosotros y descendió de un acrobático salto. Con un gesto rápido se quitó el espléndido casco, regalo de su padre, repujado en oro, con una estrecha protección nasal, cubrenucas de malla también dorada y coronado por 4 largas plumas amarillas y rojas.

-¡Jinetes, señor! Se aproximan por el camino del bosque.

-¿Cuántos?

-Tres he visto, pero pudiera ser que vinieran mas detrás. Buenas cabalgaduras, cotas de malla y cascos con adornos dorados. No creo que tarden mucho en salir a campo abierto, si es que su intención es seguir por el mismo camino.

-Enseguida lo veremos. Buen trabajo, Eudaf. Dyfrig, manda a alguien a buscar a los muchachos que están en el río. Quiero a todo el mundo en el campamento lo antes posible, y los quiero perfectamente pertrechados.

Una vez reunidos, ordené a los hombres que se refugiaron tras las carretas y procuraran no hacerse ver, pues decidí que era preferible, ante un posible ataque, no permitir que un potencial enemigo supiera a que tipo y cantidad de fuerzas iba a tener que enfrentarse.

Dejé a Dyfrig al mando del campamento, y acompañado del propio Eudaf y otros dos jinetes, me dispuse a esperar acontecimientos a unos 50 pasos del círculo de carromatos.

No tuvimos que aguardar mucho para ver aparecer a los tres jinetes que describiera Eudaf, surgiendo de la espesura. Marchaban al paso, y al vernos en lo alto de la colina truncada, se detuvieron y conferenciaron unos instantes. Pasado un rato se echaron los escudos a la espalda y continuaron avanzando en nuestra dirección. Se detuvieron a unos 30 pasos de nosotros y entonces uno de ellos alzando la voz, nos gritó:

-¡Venimos en paz! ¿Venís vosotros, por ventura, de Ystrad Clut?

-¿Quién lo pregunta?- grité.

-Mi nombre es Gwrgi ap Hyfaidd. Mis compañeros y yo somos exiliados de Elmet y venimos de Calchvynydd, ya que desde hace algún tiempo estamos al servicio del señor Cuncar ap Dumnagual. Y si no me equivoco, vosotros sois los encargados de transportar el cargamento

de grano que Tutgual se comprometió a llevar a “La Abuela” para su distribución entre los señoríos de Bryneich.

-¿La Abuela? ¿De que demonios hablas?

-Disculpa.-sonrió- Es el nombre que utilizamos coloquialmente para referirnos a Din San, la vieja fortaleza. Dicen que es una de las mas antiguas de todo el norte, y probablemente sea cierto. En cualquier caso si, como he dicho antes, sois quien creo que sois, te diré que nos manda en vuestra busca Cuncar, señor de Calchvynydd, y que traemos importantes noticias. Pero sería preferible, si no te contraría, que habláramos de todo esto cómodamente sentados frente al fuego.

No pusieron ninguna pega en desmontar y desarmarse, y de esa guisa volvimos a la seguridad del campamento. Antes de sentarme a escuchar sus noticias, ordené a los exploradores que continuaran controlando los alrededores.

Gwrgi nos explicó que, tan solo una semana atrás, una banda guerrera de unos 300 lanceros anglos había intentado tomar el Din San. Por suerte, Gwalchafed, señor de la fortaleza, había conseguido enviar un mensajero pidiendo refuerzos a Cuncar, antes de que los paganos cerraran el cerco sobre el fortín. Gwalchafed, a pesar de contar con poco mas de 50 guerreros, había conseguido rechazar todos los intentos de los anglos de tomar la fortaleza, hasta que la llegada de Cuncar, con un mal equipado ejército de 500 hombres, precipitadamente reunidos en Calchvynydd y Din Drei, obligó a los anglos a abandonar el asedio. Pero en lugar de huir hacia el este de donde habían venido, los paganos se internaron en el bosque. Cuncar, ante la posibilidad de sufrir una emboscada, decidió no salir en su persecución. Consideró preferible reforzar las guarniciones de todos los fuertes cercanos y mandar mensajeros a los otros señores de Bryneich, notificándoles la presencia de los incursores enemigos e instándoles a tomar medidas.

Lo que decía Gwrgi cuadraba perfectamente con el carácter juicioso del viejo Cuncar.

Su idea, continuó el elmetio, era acabar con esos malditos bárbaros, pero necesitaba tiempo para organizar un ejército lo suficientemente numeroso y, sobre todo, bien pertrechado, para acometer la labor con éxito y más teniendo en cuenta que Gwenddolew había marchado hacia Ystrad Clud llevando consigo a la flor y nata de los guerreros de Bryneich. Mientras, Cuncar había enviado exploradores por todo el bosque para intentar localizar a los germanos, pero éstos parecían haberse esfumado sin dejar rastro. Los anglos se ocultan en la espesura como los lobos salvajes. Como los lobos esconden sus rastros a la perfección y no se dejan ver. Y si se dejan ver es que es el momento de ponerse a rezar.

Cuncar no se había olvidado del transporte de grano de Tutgual y al no poder enviarnos una escolta numerosa había despachado a los elmetios para, al menos, ponernos sobre aviso.

-Y eso es lo que hemos hecho- terminó, palmeándose ambos muslos con las manos.



-Entiendo, ¿Qué es lo que sugiere Cuncar que hagamos? Creo que con los hombres de que dispongo sería bastante arriesgado internarse por el camino del bosque. Rodearlo sería la opción mas razonable, aunque tardaremos mas del doble de tiempo en llegar a Din San.

-Sí, y Cuncar sugirió que lo mas seguro sería hacerlo por el sur, cresteando la divisoria entre el Tywi y el Teifi.

Después de sopesar pros y contras, estuvimos de acuerdo en seguir esa ruta que aunque resultaría el doble de larga y probablemente mucho más dificultosa para los carros, implicaba a la vez mayor seguridad.

A la mañana siguiente iniciamos la marcha. Había dejado de llover y la presencia de un tímido sol que pugnaba por surgir tras las nubes mejoró en cierta medida nuestro decaído ánimo.

Doblamos las medidas de seguridad y envié tres grupos de tres jinetes cada uno a explorar el terreno, cubriendo el frente y ambos flancos de la caravana. Gwrgi ap Hyfaidd se nos mostró durante el trayecto como un ameno conversador, cuya constante charla contrastaba vivamente con el mutismo casi total de sus dos acompañantes. Sin más contratiempos que un par de ejes rotos, cuatro días después de dejar la Atalaya de Bran, conseguimos llegar sanos y salvos al vado que cruza el Teifi, a unas 10 millas al sur de Calchvynydd. Tomamos entonces el ancho camino empedrado que, girando al sur, se dirige a Din San, a dos días de marcha. El sol buscaba ya su cenit y los hombres estaban cansados, pues el último tramo había sido particularmente duro, así que ordené hacer un alto en el camino para comer. Llamé a Dyfrig para que distribuyera las guardias y cuando me estaba girando para desensillar a *Invierno*, me pareció distinguir a lo lejos a un par de figuras encogidas que cruzaban raudas el camino que debíamos seguir mas tarde, para perderse en un bosque de olmos que bordeaba el otro lado de la calzada. Fue poco mas que una visión fugaz de un par de sombras, pero mi cuerpo se puso en tensión de inmediato.

-Eudaf- grité- y también vosotros tres- dije, señalando a tres jinetes que aun no habían desensillado- montad y seguidme. Con precaución y embrazado el escudo. Dyfrig, asegura los carros y dispón a los hombres en orden de combate. Estad atentos a una posible emboscada. Espoleé a *Invierno* y seguido de los cuatro guerreros me encaminé al trote corto al lugar por donde me había parecido ver desaparecer aquellas sombras.

Nos acercamos a la zona con cautela. Revisamos la pequeña olmeda y los matorrales cercanos sin hallar nada sospechoso. Todo parecía normal. Mis nervios me habían pasado una mala jugada.

La verdad es que a aquellas alturas estaba completamente desquiciado, harto ya de aquella estúpida misión y deseando volver a reunirme con el *Beisrudd* para conseguir en la batalla la remisión de mis faltas.

Regresamos con los otros.

-Falsa alarma. Podéis seguir con vuestros quehaceres. Dyfrig, no olvides las guardias.

Gwrgi el elmetio se me acercó sonriendo amablemente.

-¿Qué ha ocurrido?

Se lo expliqué brevemente. Me miró con gesto afable.

-Entiendo. Has creído verle las orejas al lobo, pero dudo mucho que haya anglos en las cercanías. El cansancio nos juega a veces ese tipo de malas pasadas. Probablemente no fueran más que una familia de corzos. Mira, si te parece, mandaré a mis dos hombres a Din San para hacerles saber que estamos a dos días de camino. Les diré que vuelvan cuanto antes con las últimas noticias. Así sabremos a que atenernos.

-Me parece bien. Que les acompañe Eudaf, si no hay inconveniente.

Gwrgi dio las órdenes precisas a aquel par de tumbas andantes que al poco partían al galope. Después del descanso reanudamos camino, ojos y oídos bien abiertos, atentos a cualquier señal sospechosa. Acampamos en un amplio brezal bajo, junto al camino. La noche transcurrió sin incidencias y a la mañana siguiente al poco de iniciar la marcha, impacientes todos, sabedores de lo cerca que se encontraba el fin de la misión, apareció uno de los hombres de Gwrgi. Nos informó de que Gwalchafed no se encontraba en la fortaleza, pues había partido el día anterior a Calchvynydd, para conferenciar con Cuncar. Aun así había dejado todo dispuesto para nuestra llegada y sus hombres ya estaban avisados. También traía el elmetio noticias de los anglos. Al parecer habían sido avistados recientemente en algún lugar al norte del Tywi, cerca de Gwenystrad.

-¿Dónde está Eudaf?

El elmetio informó de que el príncipe de Dyfed había sufrido una torcedura al descender del caballo con uno de sus acrobáticos saltos, y había quedado recuperándose en el *din*. No me extrañó la explicación, pues Eudaf era muy dado a ese tipo de ejercicios, y no siempre tenía éxito en su ejecución.

Apresuramos la marcha y mediada la tarde, los exploradores volvieron sobre sus pasos pues ya se divisaba Din San.

Me puse al frente de la comitiva, flanqueado por Gwrgi a mi izquierda y Dyfrig a mi derecha, e iniciamos el suave ascenso por el camino que serpenteaba hacía la puerta principal del *Din*, que ya se abría para acoger a la caravana.

Algunos hombres sobre el adarve asomaban sus cabezas sobre el muro, observándonos con interés. Estábamos ya a unos 50 pasos de la entrada, cuando vislumbré entre las cabezas el inconfundible casco de Eudaf con sus plumas amarillas y rojas. Iba a levantar la mano para saludarle cuando descubrí que la cara que se perfilaba bajo el casco no era la de Eudaf, a no ser que de un día para otro le hubiera crecido una espesa barba rubia.

Algo iba mal, muy mal.

Refrené a *Invierno* a la vez que con una fuerte voz seca ordenaba a la caravana detenerse.

-¡Parad, parad! ¡Quietos todos!

A Gwrgi que me observaba con interés no le había pasado desapercibida la escena, y en el momento en que yo lanzaba mi grito de aviso, él, raudo como un halcón, desenfundó su espada para largarme un tajo brutal a la altura del cuello.

El grito me salvó pues *Invierno*, sobresaltado, se encabritó, de forma que la espada golpeó el lateral del cuello del desdichado bruto. Alzado sobre sus patas traseras, *Invierno* se desplomó lentamente a su izquierda, golpeando al caballo de Gwrgi que tuvo que usar ambas manos para hacerse con las riendas. Yo me deslicé por el flanco derecho, para impedir que el cuerpo del animal me aplastara aunque no pude evitar caer de espaldas bajo el caballo de Dyfrig.

Cuando pude levantarme, me abalance sobre Gwrgi, para descubrir que se mantenía sobre su caballo solo porque Dyfrig era incapaz de recuperar su lanza, cuya punta se adentraba varios palmos en la boca ensangrentada y ya sin dientes del elmetio.

-¡Qué ganas tenía de cerrarte la boca, charlatán del demonio! Ya no parlotearás más.

-Dyfrig, necesito su caballo, deja de parlotear tú y quítame eso de ahí- grité, señalando el cadáver del elmetio.

Lo consiguió por fin y me encaramé a la montura justo a tiempo para ver como una flecha se clavaba en el muslo de Dyfrig.

Todo sucedía muy deprisa. Miré atrás, para ver que los lanceros de Ystrad Clud estaban organizándose en una rudimentaria barrera de escudos. Bien por ellos.

Mis hombres, al verme caer se habían lanzado hacia delante, y ya estaban a pocos pasos de nosotros, intentando, a pesar de que empezaban a caer flechas a nuestro alrededor, acercarse para protegernos.

Un rápido vistazo al paisaje circundante. ¿Dónde ir? ¿Qué hacer? ¿Qué haría Gwmerth en esa situación?

Al sur del fuerte, una suave pendiente, una loma despejada, acababa en el borde del bosque.

-¡Atrás, atrás! A aquella loma, todos. Dyfrig, llévatelos a la loma. Esperad en el límite del bosque.

Los arrieros habían abandonado los carros y corrían desesperados en dirección al bosque.

-¡Allí, allí! Seguid a los jinetes.-algunos carreteros habían caído con la espalda atravesada por las flechas, que comenzaban a caer con mayor intensidad. Mis hombres se salvaron por llevar el escudo a la espalda.

Me dirigí al lugar donde los lanceros se empujaban unos a otros en una precaria formación.

-Lanceros, aguantad la formación. Cubríos bien. Vamos a retroceder hasta la seguridad del bosque.

Desmonté, y manteniendo las riendas con la derecha y el escudo embrazado en la izquierda, me coloqué en el extremo derecho de la barrera.

-Atrás, muchachos, retrocedemos, sin perder el orden. Así. Paso a paso.

Los hombres lo estaban haciendo muy bien. Nos separaban trescientos pasos del límite boscoso, y estábamos a punto de ponernos fuera del alcance de las flechas enemigas. Miré a mi izquierda, al lugar donde debían estar mis *beisrudd*. Justo para ver como abandonan la seguridad del bosque.

Preocupado por mantener la línea no fui consciente de que un grupo de jinetes había salido del fuerte y se dedicaba a masacrar a los arrieros rezagados con sus largas lanzas de carga. Eran unos cuarenta y cuando vieron acercarse a los *beisrudd*, se dispusieron a hacerles frente.

Veintitrés centauros, con largas capas escarlatas ondeando tras ellos, en una línea de carga. A una señal de Dyfrig, los hombres se desprenden al unísono de las capas que revolotean tras ellos.

Ni por un instante dudé de quién saldría vencedor de aquel encuentro. El enemigo, confiado en su superioridad numérica espera el encontronazo al uso entre dos grupos de jinetes. Ahora verán de qué pasta están hechos los *beisrudd*.

Solo les separaban cien pasos del enemigo. Mientras, en la puerta del fuerte asomaban mas problemas, una masa de infantería era vomitada en gran algarabía, y comenzaba a formar en línea. Escudos coloreados, anglos sin duda. Formando bajo un estandarte consistente en una piel y varios cráneos descarnados de lobo colgando de un par de palos sin desbastar, en forma de cruz.

Un griterío ensordecedor. Los *beisrudd* cargan. Cincuenta pasos les separan ahora del enemigo.

Sacan la primera jabalina de la aljaba que todos portan al flanco derecho. Treinta pasos ahora. Los caballos frenan bruscamente y veintitrés jabalinas salen disparadas. El espanto se adueña de los jinetes enemigos. Algunos caballos caen entre horribles relinchos de dolor y pánico.

Ya hay no menos de seis enemigos en el suelo. Varios se mantienen en sus cabalgaduras con las astas de las azagayas colgando de sus cuerpos. Un garañón con un dardo en el anca, cocea con los ojos desorbitados y descabalga a otro jinete. No se han recuperado de esta primera andanada cuando la segunda cae sobre las líneas enemigas ya completamente desorganizadas. Ahora son más aun los jinetes que ruedan por el suelo. Una señal de Dyfrig y los *beisrudd* desenvainan las espadas. Treinta pasos. Nuestros caballos son capaces de ponerse al galope en ese espacio. El choque es brutal. Los *beisrudd* atraviesan la formación enemiga como si fuera de arcilla. Y la moldean con sus espadas creando una figura atroz de tajos, cortes, miembros que vuelan y surtidores de sangre que ennegrecen el suelo. Después el silencio. No quedan enemigos, algunos caballos sin jinete se alejan del lugar de destrucción.

Dyfrig nos señala con su espada.

En un instante tenía a los *beisrudd* cubriendo nuestro flanco izquierdo. Dos heridos y un muerto.

Junto al fuerte, los anglos estaban ya dispuestos, pero la distancia nos permitió tomar posiciones en la loma, de espaldas a la floresta. Serían unos doscientos cincuenta y ya empezaban a avanzar.

Dyfrig sonreía y eso era una novedad con respecto a los últimos días.

-Ha sido fantástico. Probablemente no salgamos de esta, pero solo por poder realizar esa carga ya habrá merecido la pena vivir.

-Estás en lo cierto. Una maniobra ejecutada a la perfección. Ahora viene lo complicado-dije señalando con la lanza la barrera de escudos enemiga- A ver como nos las arreglamos con esos de ahí.

Los anglos, ansiosos por vengar la destrucción de su caballería, avanzaban casi a la carrera, lo suficientemente deprisa como para no perder la formación de tres en fondo que habían adoptado. Nos rebasarían sin dificultad por ambos flancos. No íbamos a tener tiempo de preparar una buena defensa. No iba a haber insultos gritados en la distancia, ni retos entre campeones dilucidados en tierra de nadie. Sencillamente nos iban a arrollar.

Decidí combatir al lado de los lanceros del Clut, y mandé a Dyfrig con los *beisrudd* a cubrir el flanco izquierdo con la misión de intentar envolver la barrera enemiga, aunque con tan pocos hombres sería un gesto inútil.

Ya no nos separaban más de cincuenta pasos. Resolví que si íbamos a morir deberíamos hacerlo bien. Me despedí de Dyfrig y de mis jinetes con un gesto y una sonrisa y ordené cargar.

-No os engañéis, chicos. Aquí moriremos, no lo dudéis, pero tened por seguro que nos recordarán como lo que somos, los mejores guerreros del viejo Norte. ¡Cargad!

Me siguieron todos a una, no lo dudé un instante. Los anglos sorprendidos, se pararon un instante y luego apretaron filas para aguantar la embestida.

Dyfrig y los *beisrudd* atacaron su flanco derecho y rápidamente se vieron envueltos por una masa de guerreros enemigos y cuando todo parecía perdido...

-Y cuando todo parecía perdido aparecieron los leñadores para sacaros los nabos de la lumbre.

Pwyll se calló y me miró con un repentino brillo de inteligencia en sus ojos.

-Marchleu, maldito tuerto cabrón. Llevamos horas escuchando la historia del viejo Pwyll, y ahora que se pone interesante, vas y nos interrumpes con tus tonterías.

-Cynon, para ser un príncipe tienes la boca de un porquero. ¿Pwyll, me permites que continúe yo con tu relato?

-Por supuesto, joven leñador- respondió, con una franca sonrisa iluminándole el rostro- Adelante.

-Pues bien, resulta que en lo que hoy son tierras paganas estaba en tiempos mi aldea, una pequeña aldea de leñadores sin nombre, a medio día caminando de Din San.

Cierto día, contaba yo por aquel entonces dieciocho años apareció por el pueblo un hombre de armas, llamado Elydir que dijo estar al servicio de Gwalchafed. Había vístose obligado a huir del *din* cuando este fue tomado por sorpresa por un gran contingente de anglos a los que abrieron las puertas por la noche unos nobles invitados del vecino reino de Rheged.

Asesinaron a la guardia y capturaron el castillo y a todos sus ocupantes, mientras dormían. Él consiguió escurrirse por una poterna encubierta en la muralla y vino a refugiarse en nuestro poblado. Nuestra gente amaba a Gwalchafed. Era un señor magnánimo con las gentes que habitaban sus tierras y benévolo impartiendo justicia. Siempre conciliador, no dudaba si había que arrimar el hombro en los trabajos de la comunidad, y lo mismo podía vérselo cortando árboles con los leñadores que mezclando argamasa para arreglar el molino comunitario.

Estábamos dispuestos a liberarle, en el caso de que siguiera prisionero, o a vengarle, caso de que hubiera sido asesinado. Elydir consiguió un rocín en un pueblo cercano y marchó a buscar la ayuda de Cuncar, pero al cabo de dos días volvió con las malas nuevas de que Calchvynydd, estaba siendo asediada por un gran ejército anglo. Por ese lado nada podíamos esperar.

Mientras, nos dedicamos por una parte a espiar los movimientos enemigos en torno a Din San y por otra a ir avisando a todos los hombres libres de las poblaciones y granjas cercanas dispuestos a empuñar las armas por Gwalchafed. Conseguimos reunir un pequeño ejército de unos doscientos hombres, mal equipados pero animosos, armados con grandes hachas y pesadas lanzas de caza pues el mío era un pueblo de leñadores y grandes cazadores, no en vano éramos *selgovae*, que en la lengua antigua significa “los cazadores”. Os vimos llegar, Pwyll, y os creímos enemigos y Elydir decidió que el lugar mas seguro para esconder nuestro pequeño ejercito era en las cercanías del castillo, donde habitualmente no se despliegan exploradores. Desde nuestro escondite vimos la emboscada de que fuisteis objeto y en un momento determinado Elydir vio la oportunidad de ayudaros y a la vez acabar con los anglos, y vaya si la aprovechamos.

Esperamos el encontronazo de los dos ejércitos y surgimos del bosque, unos cien pasos a la derecha del lugar del choque. Gritando como posesos nos abalanzamos a la carrera sobre el desprotegido flanco izquierdo de los paganos, que ya envolvía a los lanceros de Pwyll. No nos esperaban y el pánico cundió en sus líneas. Les tomamos por la espalda. Recuerdo que yo repartía hachazos a diestro y siniestro que los anglos, trabados sus escudos, eran incapaces de detener. La fila enemiga se abrió como si fuera mantequilla y los enemigos empezaron a huir aterrorizados. No se como pero, aun siendo como eran, todavía superiores en numero, conseguimos no solo vencerlos, sino masacrarlos sin piedad.

Ahora fue Pwyll el que me interrumpió:

-Nos salvasteis la vida. Tu en concreto, viejo tuerto, claro que te recuerdo, me quitaste de encima a un maloliente germano que había conseguido desarmarme y se aprestaba a clavarme

su *sax*. El cuchillo me hizo esta cicatriz-dijo, señalándose la mejilla- pero a ti te sacó un ojo, y eso es peor.

-Peor fue para el, sus sesos acabaron adornando el filo de mi hacha.

-¿Como acabó todo?- preguntó Cynon.

-¿No sabes historia, muchacho? Perdimos una buena porción de tierras en Bryneich a manos de los anglos, que se habían aliado con Cynfarch de Rheged. Un ejército de Rheged invadió Galwyddel, obligando a Senyllt a huir a Ynis Manau.

Las tropas que Rheged había enviado a luchar contra los Dal Riada, huyeron del campo de batalla amparándose en la noche, para atacar Galwyddel desde el norte. Aunque la batalla contra los *gwydyl* se ganó, todos los *beisrudd* perecieron al intentar cubrir ellos solos el flanco que los de Rheged habían dejado desguarnecido.

Miré a Pwyll. Apretaba los puños, mientras hacía un esfuerzo sobrehumano para que sus ojos no se humedecieran de nuevo.

-¿Qué piensas, Pwyll?

-Ya os lo dije al poco de entrar aquí. He venido a morir

-Tras la batalla me regalaste tu espada. La guardo en un cajón y cada poco la saco, la limpio y la afilo, con la esperanza de que algún día volvieras para reclamármela. ¿La quieres ahora?

-Esa espada me la regaló Gwrnerth. No merezco volver a portarla, esta que llevo me ha acompañado los últimos cincuenta años. Le he cogido cariño. Servirá.

-Pues es una lastima que una buena espada como la que me diste, acabe corroída por la humedad y el óxido. Sabes lo que te digo viejo amigo, si me das tu permiso, la llevaré a la batalla una vez más. Y moriré contigo.

Me preguntas joven bardo porque voy a Catraeth.